

En medio del tiempo. Una entrevista con Josep Fontana

Xavier Domenech

Josep Fontana es uno de los grandes historiadores con los que cuenta nuestra ciencia en este país. Afirmación que no se construye desde el ahora. Discípulo de Vicens Vives y Pierre Vilar, entre otros, inició su proyección sobre la historiografía española ya durante el tardofranquismo con sus capitales aportaciones al debate sobre las revoluciones burguesas en España. Afirmación, no obstante, que tampoco se queda en el ayer, ni en una generación de historiadores determinada. El primer libro que me llevó a apasionarme por la historia lo encontré en una biblioteca escolar. En ese momento no tenía ni idea de quien era el autor, sólo me picó la curiosidad su título *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Sobre todo por la última parte del mismo: *Historia...proyecto social*. En ese momento no lo comprendí en su globalidad, pero aprecié en él la importancia de los caminos de la casta de Clío y la capacidad de ciertos tonos (Thompson decía a menudo que los tonos importan, a veces nos dicen tanto como los contenidos). Porque si algo no le falta a Josep Fontana es tono (ya en ese primer libro que leí, el inicio era toda una declaración: “tal vez convenga volver a la sana y olvidada práctica de llamar tontos a los tontos y tramposos a los tramposos”), pero tampoco contenidos. Años después conocí su ciclo sobre la crisis del Antiguo Régimen en España, aunque a la luz de sus trabajos sería ya más adecuado hablar de la construcción de un nuevo régimen más que de la desaparición necesaria del antiguo. Un ciclo que se inicia con *La quiebra de la Monarquía absoluta (1814-1820)*, y siguió con *Hacienda y Estado en la crisis final del Antiguo Régimen español: 1823-1833*, *La revolución liberal. Política y hacienda (1833-1845)* y *La revolución liberal a Catalunya*, y no se cierra aún con la reciente publicación *De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834*.

De hecho, según nos cuenta en esta misma entrevista, lejos de cerrar nada, los problemas que se ha planteado y vuelto a plantear en cada una de sus obras, abren ciclos más que los terminan. Probablemente esta misma actitud es la que le ha llevado a lo largo de los años a publicar numerosos trabajos sobre historiografía. Trabajos que para él son secundarios, nunca ha habido voluntad en ellos de constituirse en un historiador de la historiografía, ya que respondían a una sencilla necesidad: esclarecerse y saber en

que lugar se encontraba y, haciéndolo, nos ayudó a muchos a esclarecernos y saber donde estábamos también. La obra de Josep Fontana no se agota aquí, muchos más trabajos suyos son ya capítulos de nuestra historiografía y los proyectos de los que nos habla una promesa de nuevo aire fresco en el desarrollo de la historia de nuestro país. Entre lo que hizo y lo que hará, en medio del tiempo de donde nada le ha sacado, se sitúa la intención de esta pequeña conversación.

- ¿Cuál fue tu camino hacia la práctica del oficio de historiador?

Supongo que me llevó a ello el hecho de haber contado con muy buenos maestros que me hicieron ver que la historia era una cosa substancialmente diferente a aquello que me habían mostrado en bachillerato. Fui afortunado. Cuando le decía a Manolo Sacristán que había tenido tres maestros él me decía que no lo comentase, era escandaloso. La mayoría de los españoles no habían tenido ni uno, según él. El primero de ellos fue Ferran Soldevila que impartía unas clases clandestinas en su casa donde me enseñó a trabajar directamente por primer vez con textos y documentos. Luego vino Vicens Vives, que en ese momento representaba un soplo de aire fresco de apertura al exterior en aquella universidad de los años cincuenta. Él me enseñó que la historia mantenía lazos con las actitudes cívicas de nuestro presente y me puso en contacto con Pierre Vilar, mi tercer maestro, en el momento de iniciar mi trabajo de tesis. Vicens sabía que yo andaba por caminos no muy claros, contestatarios, pero para él no era ningún problema y además su orientación hacia Vilar vino marcada por el hecho que para la investigación que entonces iniciaba yo —el estudio de la desamortización que más tarde deseché— él no se sentía con la suficiente preparación para dirigírmela. Fueron tres grandes maestros y todos ellos, por una u otra razón, me hicieron comprender que trabajar en un cierto sentido con la historia era también trabajar para el país, para un país marcado por el franquismo.

- En este último sentido en la primera carta que te envía Pierre Vilar, publicada hace unos años, hacía una incidencia específica sobre el tipo de historia que valía la pena practicar.

Sí. La primera vez que contacto con Vilar me contestó con una bella y larga carta que constituía toda una lección sobre metodología y al final de la misma me avisaba —un aviso que en esos momentos yo ya había madurado plenamente— contra el riesgo de construir una historia que, estando al servicio de los problemas de la gente, no fuera mucho más allá de las buenas intenciones. No es una ciencia fría lo que queremos, pero es una ciencia, me dijo en aquella ocasión. Posteriormente, más allá de estos tres maestros iniciales, recibí la influencia ética y moral de Ramón de Carande, de la Institución Libre de Enseñanza y del republicanismo que me conectó con un mundo diferente.

- Tú has sido uno de los principales representantes de la introducción y la reflexión al entorno al materialismo histórico en nuestro país. ¿Cómo te incorporaste a esta tradición?

Se produjo de una forma natural. Cuando yo realicé mi tesina aún no tenía ningún contacto con el marxismo. Era una investigación de historia económica que me

planteó problemas teóricos e interpretativos que posteriormente pude recuperar en nuevas reflexiones sin cambios. De hecho la influencia de la tradición marxista se gestó en varias etapas y con un mismo hilo conductor. Cuando ingresé en el PSUC me encontré con un clima intelectual, en buena parte determinado por la presencia de Manuel Sacristán, muy abierto y nada dogmático. Es más, el tipo de marxismo que se desarrollaba en este ambiente no era ni mucho menos una preocupación central de los dirigentes del partido. Cuando después de mi ingreso realicé mi primer viaje a París, Miguel Núñez me dio a leer un pequeño manual sobre materialismo histórico –o dialéctico, ahora mismo no me acuerdo– de Konstantinov. Posteriormente me preguntó que opinión me merecía aquel librito, le contesté que era un rollo insoportable. Sorprendentemente me respondió que probablemente llevaba razón. También durante estos años fui a un congreso que se celebraba en Nápoles y allí llegó una influencia que fue determinante: Gramsci. Me compré todos los volúmenes de sus obras publicadas en italiano y me las leí. Tomé notas, llené fichas, constituyó un descubrimiento. El tipo de formación nada dogmática que supuso Manuel Sacristán, la lectura directa de Gramsci, la influencia de Vilar en el terreno de la historia y, más tarde, la incorporación del marxismo británico que empezó, a pesar de que ya conocía a autores como Hobsbawm o Maurice Dobb, el día que en una estantería de una librería de Barcelona encuentro un volumen que llevaba por nombre *The Making of the English Working Class* de E.P. Thompson, me llevaron fácilmente a este campo.

- De todas formas en tus trabajos historiográficos y en esta misma tradición hay cambios de tono. Thompson explicaba que su generación quedó profundamente marcada por la Segunda Guerra Mundial, que les llevó a muchos de ellos a verse a sí mismos como sujetos que podían cambiar su propia historia. Sujetos que posteriormente chocarían contra las estructuras de la guerra fría y que intentarían construir un tipo de historia que recuperase su experiencia inicial. En cambio en el marxismo de Vilar...

Esta preocupación por la historiografía me parece secundaria. En mi caso responde a una necesidad personal: esclarecerme y saber donde estoy. Y en este esclarecimiento y saber donde estoy entronco con un tipo de historia que no es necesariamente marxista ni nada que se le parezca y que creo la mejor del siglo XX, la historia económica y social. Desde ella avanzo y recibo toda una serie de influencias sin estar ligado a ningún canon determinado. Aprendo de Renajit Guha y de los *Subaltern Studies*, por ejemplo, y de otros. En el fondo lo que nos diferencia a los que venimos de esta tradición, o de Vilar o del marxismo británico, es aquella idea según la cual lo único que importa, lo único que justifica nuestro trabajo, es la capacidad de implicarse en los problemas reales de la gente real, ayudar a comprenderlos y a resolverlos. Eso es lo que nos diferencia radicalmente de otros colegas académicos que se dedican a otras cosas: no pensamos que la ciencia en sí misma sea un objeto y, por tanto, no nos interesa, ni nos parece justificado nada que de alguna manera no ayude a resolver los problemas reales de la gente real.

- ¿Y ésta es la continuidad entre «Historia. Análisis del pasado y proyecto social» y «La historia de los hombres»?

La historia de los hombres es sencillamente el momento en el que elaboré todo lo que había aprendido de mucha gente. De la lectura de los textos originales de Tucídides, Maquiavelo, Diderot, Raynal, etc. Cosas que las vas poniendo al servicio de una manera de trabajar que te parece válida para afrontar los problemas del mundo actual. En este sentido el principal trabajo del historiador de inicios del siglo XXI es dar cuenta y explicar dos de las principales derrotas del siglo XX: la barbarie que lo ha recorrido de cabo a rabo y que, lamentablemente, continua hasta nuestros días y el hecho que los mecanismos de crecimiento económico se han dado a costa de un aumento de la desigualdad social. *The Economist* lo expresaba recientemente de forma muy clara, en los últimos años a los incrementos espectaculares de beneficios han seguido decrecimientos en las rentas de los trabajadores. Siguen funcionando los viejos mecanismos que deben ser abordados y explicados desde la disidencia.

- Este tipo de historia, con este tipo de compromisos, viene muy marcada por una experiencia generacional de historiadores que a su vez eran activistas políticos o sociales. ¿Es posible mantenerla con la disociación actual entre ámbito académico y social?

Existe una cierta esquizofrenia en el trabajo académico, pero si uno mantiene la suficiente conciencia del material que esta tocando y tiene cierta lucidez para detectar los problemas y no ponerlos al servicio del orden establecido, que es el que da becas y premios, puede realizar un buen trabajo. Hay mucha gente hoy, mejor o peor situadas en el orden académico, que tienen visiones críticas de la sociedad en la que viven y que las llevan a su propio trabajo. A lo mejor son menos en el campo de la historia que en otras ciencias sociales, pero están allí. Por otro lado, siempre he tenido la idea absolutamente liberal de que cada uno lleve su propio trabajo al público y que la gente ya escogerá aquello que considera válido. Yo no he sido un intelectual orgánico, siempre he defendido lo que creía conveniente según mi criterio. Vengo de una tradición —la tradición europea— que tiene tres grandes momentos: la ilustración que nos mueve en posturas laicas y abiertas en el pensamiento; la revolución francesa que asegura la defensa de los derechos del individuo; y la primera Internacional que defiende los derechos sociales. Esta es la tradición de la que me siento parte. Yo no me siento intelectual orgánico de nada. De los movimientos en los que he estado implicado guardo un gran recuerdo de sus militantes y una pésima impresión de sus dirigentes.

- Pero entre las obras «Historia. Análisis del pasado y proyecto social» y «La historia de los hombres» se perciben algunas diferencias. En la primera se defiende una historia al servicio de la construcción futura del socialismo y la segunda se rompe la línea hacia un proyecto definido, apostando por recuperar los susurros de la historia que nos permitan repensar el futuro.

Para mí el socialismo sigue siendo una palabra que mantiene su valor como definición muy amplia, más allá del marxismo o el anarquismo, del proyecto formulado por las clases subalternas del siglo XIX que tenían la voluntad de transformar la sociedad. Con la encarnación concreta del socialismo en el siglo XX no me he sentido identificado. En este sentido, de una obra a otra hay un proceso de maduración y a la vez las dos

responden a dos mundos diferentes. El mundo de la Guerra Fría ya no es el nuestro y si uno quiere vivir en este mundo, y no se queda sólo pendiente de la evolución del pensamiento académico, cambia. Sólo en una cosa no he cambiado: sigo estando en contra de las mismas cosas que estaba antes. No me integro, soy incomodo y sigo teniendo un pensamiento crítico. Ahora te encuentras con aberraciones. Gente que antes estaba teóricamente a la izquierda y ahora comparten tópicos y prejuicios que en el pasado hubieran criticado. Nuestro trabajo es ahora más grande y complejo y en este sentido es cierto en este aspecto que contra Franco lo teníamos más fácil.

- En todo caso la historia que propones, una historia que tenga tanto en cuenta las voces bajas como las altas, que no se contamine de las ideologías del progreso, ni éste marcada por el estatismo, es una historia compleja de llevar a la práctica.

Sí, pero no imposible. Es una tendencia. Cuando Vilar formuló su propuesta de historia total muchos pensaron que era imposible realizar una historia que lo contuviera todo. No se trataba de eso, como tampoco ahora se trata de eso. Es una tendencia abierta a integrar todos los elementos explicativos. Apertura que he llevado a la praxis con el libro *De en medio del tiempo*, apertura que me lleva a abordar los problemas en contextos más amplios. De hecho esta perspectiva me llevará a una próxima obra de historia europea, aunque no sólo europea, sobre el fracaso y la derrota del proyecto revolucionario entre 1814 y 1848.

- Acabas de publicar en castellano «De en medio del tiempo» y tienes previsto ir más allá a partir de la misma. ¿Tienes pensado abordar otras temáticas?

Hace años que estoy trabajando en una perspectiva global de lo que ha venido sucediendo desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, tratando de explicar, entre otras cosas, los errores y miedos que han llevado a los desastres. De que manera, por ejemplo, en el campo occidental, después del fin de la guerra, el miedo al enemigo exterior llevó a la creación del enemigo interior y a la persecución de la izquierda y el movimiento obrero, o cómo ese mismo miedo impidió en el otro campo el desarrollo de las democracias populares y los proyectos antifascistas. Cómo, en definitiva, se desvanecieron las grandes esperanzas de 1945. Este libro lo tengo muy avanzado, pero constantemente lo voy rescribiendo. Otro trabajo que hace años que tengo entre manos versa sobre el fracaso de la utopía franquista entre 1939 y 1956.

- Cuando hace años escribiste la introducción al libro «España bajo el franquismo» tu interpretación del régimen como régimen fascista marcó todo una tendencia historiográfica y una forma de abordar el problema de su naturaleza. ¿Volverás a ello con este trabajo sobre el fracaso de la utopía franquista?

Me centraré en el fracaso del proyecto del general Franco. Un proyecto que compartía con su entorno y que tienen un origen complejo. Una raíz de integrismo nacionalista que nace después del 98 con un gran arraigo entre medios militares y que marcó claramente este proyecto. La idea de autarquía que está muy clara en Franco y que requiere complementariamente la noción de expansión imperial. Noción esta última

compartida ampliamente como única manera de sostener una España donde los intercambios comerciales no tengan importancia. Una utopía que, en definitiva, se desvanece completamente a partir de 1956. Primero porque es inviable económicamente y después porque en ese año la independencia de Marruecos elimina cualquier posible horizonte imperial. A partir de entonces queda la adaptación y subsistencia en el marco de la Guerra Fría, la necesidad de seguir controlando sus enemigos interiores, el cambio en la política económica, pero no en el sistema político, llegando al final del período con un régimen absolutamente desfasado determinando la necesidad de la transición. Pero a mí lo que me interesa ver es la irracionalidad con la que se gestiona esta utopía, otra cosa es si el régimen era o no era fascista.

- En tus últimos trabajos más historiográficos hay una clara voluntad de estar atento, fuera de las modas, a las principales renovaciones que en el campo de la historia se están dando en Asia o África, ¿pero como ves la práctica histórica actualmente en España?

Creo que se está haciendo mucha cosa válida, quizás no son los trabajos dominantes a nivel académico, pero siguen apareciendo trabajos interesantes. Hay también una serie de gente que mantienen los viejos principios de la escuela de los *Annales*, operación que me parece difícil de sostener, y otros que confunden las innovaciones técnicas con propuestas interpretativas. Pero también hay muy buenos trabajos, aunque eso no significa que no nos estemos enfrentando a un gran problema. Durante el franquismo parecía que lo que decíamos interesaba a la gente y ahora nos encontramos con la paradoja que la mayor parte de la producción universitaria ha dejado de ser leída por el lector medio. Éste sigue teniendo una gran pasión por la historia, por la novela histórica o por los libros de historia, pero no por la que viene de la universidad. Problema que no debe ser sólo del público lector, sino de nosotros mismos que hemos perdido la capacidad de expresar cosas que interesen a los otros. Tendríamos que hacer una reflexión entorno a esto, ya que si no nos encontramos con que los usos públicos de la historia son cubiertos por otros. Dejamos así el campo abierto a personas ajenas a la profesión que producen una historia indocumentada y con mala fe, pero que hablan de cosas que importan, mientras los colegas se dedican a tocar arpas celestiales.